

"GLOSAS AL CANCIONERO"

Al autor, Alberto Arvelo Torrealba, uno de los mejores poetas que ha producido nuestra patria, con sincera y profunda estimación.

Luis E. Henríquez, Pbro.

GLOSAS AL CANCIONERO, poesía de alma arraigada en paisaje. Arvelo Torrealba, reviviendo la aventura de su Llano nativo, nos da una poesía original, ardiente como la sobana, fresca como el jagüey, impregnada de la vivencia de su visión interior. Su aventura, por ser vida y arte, nos redescubre la llanura: "El artista no inventa, descubre. El arte no es una invención sino una exploración" (Curtis "Marcel Proust").

Viviéndolo vivifica el paisaje:

"La madrugada se ahoga
en los esteros del hato.
El alba toro araguato
viene sin pica ni sogá".

"Con el silbo y la picada
de la brisa coledora
la tarde catira y mora
entró al corralón callada.
La noche yegua cansada
sobre los bancos tremola
la crín y la negra cola".

El tiempo fugitivo tomó vida al encarnarlo en el animal, en el símbolo móvil y tangible; y la brisa, de suyo, por el movimiento, más cercana a la vida, adquiere categoría humana. El mismo ritmo del tiempo: alegre acelerado del atardecer — "toro araguato", y el lento y callado de la oscuridad nocturna — "yegua cansada" encuentra su forma y su medida.

No sólo el tiempo, en cuanto medida y movimiento de los fenómenos solares, sino los mismos colores de éstos: el rojizo "araguato" del amanecer, y el oro y violeta de la tarde "catira y morena", cobran vida al transferirlos el símbolo a los colores primitivos de los seres animados.

Por todos los rumbos de esta poesía se encuentra el goce y el dolor de vivir: "Un remero golpe muerde — el silencio del paisaje"; la paja agostada y ardida, "con el sereno — se puso a soñar rocío"; "el so-

leado horizonte", como un enamorado, "le puso al campo sortija"; el viento, herido de amor y de ausencia, balbuce décimas amorosas: "décimas de amor ausente — el viento arriero balbuce". El poeta, en su vivencia creadora, osará aún más y en los arreboles infundirá el alma trágica y desaprensiva del jugador: "Barajan sus flajipes rojos — los arreboles dispersos".

La vida interior de este poeta se va aventurando, paisaje adentro, para encontrarse o perderse a sí misma, en la tierra sufrida y honda:

"A zureir sueños me póngo
y plehso por un instante
sí no seré un grito errante
sobre el remanso y el bongo...";

se siente arrastrada por la infinitud y la desesperanza del hombre y la llanura".

"Mudez del pozo sediento
lenguas donde se desmaya
el nunca del jah malhaya!
se lleva mi pensamiento"

y hasta por momentos cree, que en su búsqueda cordial, fascinado por la bullente vida exterior, se ha perdido a sí mismo:

"Por el plan sin un corozo
cruzan mis sueños en fragua

.....

Al arrendajo buenmozo
me lo encontré suspirando.

A todos los fui encontrando:
paraulata, cirstofué...

Sólo a mí no me encontré.

¡Quién me manda a andar buscando!

Pero nó, no se ha perdido, sino que su voz y su grito han encontrado en la llanura hazañosa, abierta y honda, su tono justo y preciso:

"Versos del sueño alazano
en el arrehol lebruno,
honda voz de como es uno
cuando aprende a hombre en el Llano;
grito del venezolano
que ama su bien y su mal,
su palma y su tremedal".

Paisaje, caño hondo y tranquilo por donde corre hacia el gran río del mundo aparcial de la emoción del poeta:

"Campo de emoción serena:
si en tu quietud todo es viaje
¡qué luz tendrá tu paisaje
cuando se alivie esta pena".

Ensueño sin reposo, que vino a flor de labio llevando prendidos "jazmines de adiós con luna", y al adentrarse "por la tierra muda y clara" mustia su frescura en el ardor de la sed. Nostalgia de la suave despedida, que en la soledad actual, sobra toda la fuerte rudez del paisaje soleado y sin agua y se trueca en el grito varonil del "ah malhaya quien hallaro".

"Todo mi sueño sin cuna
se volvió copla al dejarte

Quiero detenerme algo más en la glosa —exquisita joya de emoción y gracia— a la copla:

"Arbolito sabanero
yo te vengo a preguntar
si cuando ella se me fué
tú me la viste pasar".

Tarde silenciosa: en la arena se alza mustio el arbolito sabanero. Ambiente tranquilo y triste, donde el poeta ha infundido un hálito de vida sufrida y nostálgica. La muda soledad también suena como el poeta:

"Abre sus sueños al raso
la soledad sin un grito",

mientras el campo, viviente, aspira la flor del atardecer: "aspira el campo marchito —la dulce flor del ocaso"—. (Nótese la transferencia visual, olfativa y del gusto: "Dulce flor del ocaso" en una metáfora múltiple, dando sugestiva originalidad a la expresión).

La mirada del poeta se detiene en el arbolito y le hace sentir su propio sufrimiento y soledad.

"Tú, pesaroso en el paso
—puro arenal— del estero,
sonando el aire mayero
¡cómo tendrás de congojas
que ya no te quedan hojas
arbolito sabanero!

Doble transferencia emocional, donde no se sabe si es el paisaje quien suscita la emoción del poeta, o si es la emoción de éste quien suscita el paisaje.

El árbol le trae una copla y una pregunta; copla que es varonil caricia, pregunta amarga y empapada en lágrimas, que

al no brotar de los ojos, empaparon el canto:

"La copla que te saluda
y en tu mudez se desgarró
puso un dedo de guitarra
entre tu rama desnuda.
Mi cuatro en su pena ruda
sabe un són que hace llorar,
y por eso en mi cantar,
mientras el día se muere,
por ella, que ni me quiere,
yo te vengo a preguntar".

El ha gustado toda el ansia del canto popular, "que cruza el dolor de esta tierra —como un vaquero sombrío"; el sabe también de la frescura del soñar del rocío y de la recóndita pena del agreste cristofué; con todo, la amargura le invade en plenitud el alma, cuando el suspiro de la copla la recuerda la ausencia de la amada:

"Yo sé el ansia del corrió
que cuando la noche cierra
cruza el dolor de esta tierra
como un vaquero sombrío.
Yo sé el sueño del rocío
y el pensar del cristofué,
mas con todo lo que sé
la amargura se me estira
cuando el cantador suspira:
si cuando élla se me fué...

Arbolito, "nido de puras congojas", desnudo de ramaje y de alegrías, que sólo ofrece al sol el dolor de sus espinas. En su soledad el poeta le interroga, pero el árbol calla gravemente, quedándose más seco y triste. En vano le gritará la desolada congoja del poeta: "Arbolito, tú la viste—tú me la viste pasar".

"Arbolito de hojas finas
nido de puras congojas,
como ya no tienes ni hojas
te besa el sol las espinas.
Madrinero sin madrinas
paso yo con mi cantar,
y tú en tu grave callar
te quedas más seco y triste.
Arbolito, tú la viste
tú me la viste pasar.

Grito de varón hecho décima, noche de luna y reverberación solar, nostalgia y deseo, alma y tierra, faenas del campo y faenas del corazón, visión y recuerdo, fundidos en un mismo paisaje y en un mismo sentimiento.

"Glosas del Cancionero", vivencia y aventura del Llano venezolano!